

razón, pues no diremos con tropas viscoñas é indisciplinadas; pero aun con aguerridas y famosas por sus triunfos, como eran las romanas, y guiadas por grandes y experimentados jefes cuales fueron las que se le presentaron á Aníbal y á Perieo á las órdenes de Fabio Macimo, y á Paulo Emilio, fué esquivado el combate en más de una vez por estos dos grandes capitanes, diciendo el primero de ellos que temía, no por sí; sino por la patria, y que este temor no era vergonzoso, pero ¿qué podía ser su voto contra el de Hidalgo y el de la mayoría que quiso seguirlo?... Allende sucumbió, pues, pero el resultado no podía ser ya dudoso. Sigamos el texto del propio Alamán. Una falsa alarma, dice, que hubo en Guadalajara en la noche del 25 de Diciembre puso en movimiento á toda la gente, y la ciudad se iluminó para evitar confusión. Avisóse del pueblo de San Pedro que el enemigo se acercaba; pero habiendo salido Allende á hacer un reconocimiento, resultó falsa la noticia. Cuando por avisos más ciertos se supo que en efecto, Calleja estaba en marcha, salió de aquella capital el 14 de Enero á medio día el ejército de Hidalgo, á cuya cabeza marchaba éste y Allende y la retaguardia la cubría Torres... Aquella noche acampó toda la fuerza rendida en las llanuras inmediatas al puente de Guadalajara.”

Mas para formar á usted la relación de esta batalla memorable, dice D. Carlos Bustamante, á quien seguiremos en obsequio de la brevedad y por rete-

rirse á testigos presenciales, he oído los informes más exactos que he podido adquirir, y he oído de la boca de dos oficiales respetables para mí, por su veracidad y buen juicio, ambos han convenido (como si disputaran en juicio contradictorio), en la verdad de la siguiente exposición: “En la tarde del 16 de Enero de 1811, llegó el ejército de Calleja al paraje sobre el camino de Guadalajara, y como ya se avistaba el de Hidalgo, que suponía muy numeroso por la grande polvareda que levantaban las columnas, se acampó tomando posición militar á la falda del cerro que se halla á la izquierda de dicho paraje de la izquierda. Una partida de reconocimiento se encontró con las avanzadas americanas, y después de un corto tiroteo, regresó al campo avisando que de lo poco que había podido observar, deducía que el ejército era harto numeroso. Redoblóse por lo mismo la precaución en los campos reciprocamente y se pasó la noche en alarma; el ejército americano multiplicó sus lumbreras y no hubo novedad por ninguna de ambas partes.

A la mañana del día siguiente, Calleja dividió su ejército en dos trozos; dió la izquierda al conde de la Cadena con cuatro piezas, y la de la derecha la tomó el mismo Calleja con lo restante del ejército. Mandósele á dicho conde que contuviese los movimientos de la izquierda con los americanos, pero sin comprometer acción, mientras Calleja por la derecha, atacando decididamente las posiciones izquierdas contrarias, iba ganando terreno para

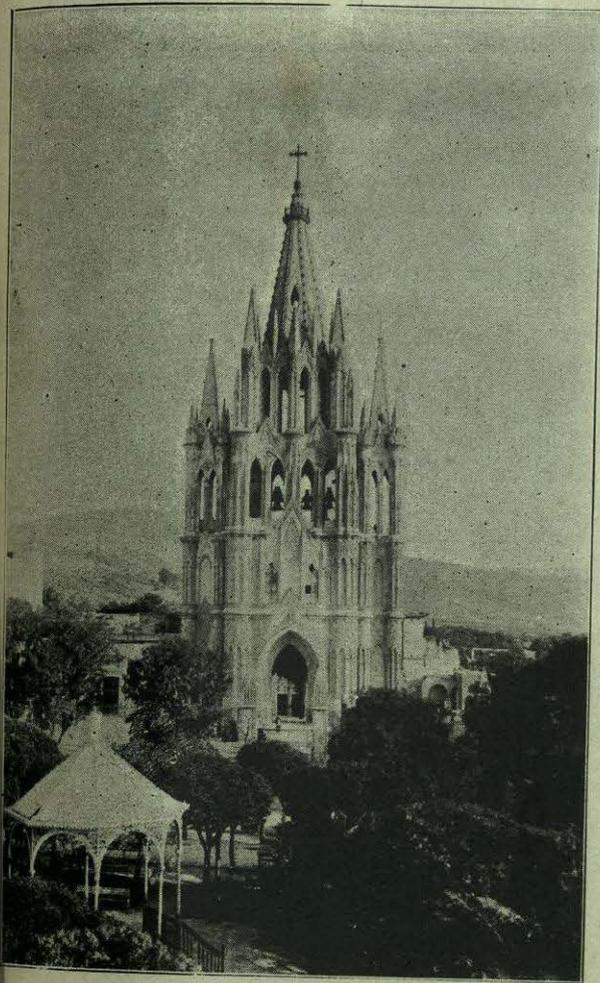
obrar después las dos divisiones de consuno sobre la loma de Calderón, en donde los espías decían que estaba la mayor fuerza. Pusiéronse en marcha ambas divisiones y se comenzó á realizar con buen éxito. Eran muy gruesas las americanas que se vencían, quizá por los muchos puntos de apoyo que tenían en la retaguardia, y sin considerar que toda retirada es siempre un movimiento de debilidad para el que la hace, y de aliento para el que la causa. En estos choques hubo pocos muertos y heridos; entre estos últimos D. Miguel Emparan y muchos de los de parte de los americanos por la naturaleza de las armas con que resistían; no de otro modo casi que los indios mexicanos de los españoles de Hernán Cortés. En este estado se realizaba el plan de la división de la derecha fielmente; pero fué preciso variar lo porque el continuo fuego de la división de la izquierda indicaba hallarse en apuros; sospechas que fueron confirmadas por las noticias que de ella venían, y se tomó la resolución de retrogradar y volver á tomar el camino para auxiliar á la división comprometida. En esta marcha se encontraban muchos soldados dispersos de la izquierda, dragones y caballos muertos: sólo el ascendiente de Calleja sobre la tropa, pudo reunir á muchos y que volviesen á la carga. A la subida de la loma, después de pasado el puente, supó este general que la división del conde de la Cadena había intentado tres ataques, y en otros tantos había sido rechazado. Al reunirse am-

bas divisiones, se le dijo que en el parque ya no había cartuchos de bala raza. El brigadier de artillería, Ortega, dió orden estrecha de que reunieran las diez piezas de artillería que llevaba y que no se hiciese fuego sino hasta hallarse á tiro de pistola de la gran batería americana. Mientras se verificaba la reunión de estos cañones, se reanimó un tanto la división del conde de la Cadena con la vista de Calleja y el resto del ejército: formaron ambas en línea de batalla con la artillería de frente: mas como los americanos querían impedir estos movimientos con su continuo fuego, exigió esto alguna consternación y he aquí que una granada calibre de á cuatro tirada contra la orden de que no se hiciera fuego, pegó en uno de los carros de municiones de los americanos y lo voló notándose muy luego su horrible explosión y estrago. Calleja, pues, emprendió la marcha de frente con el designio de romper el fuego á tiro de pistola. La explosión del carro no sólo produjo un gran daño en los americanos que llevó consigo, sino que, además, incendió una grande área inmensa de terreno de un pajón alto y muy seco, cuyo humo daba, excitado por el recio viento y ventisca que hubo en aquel día, humo que hería de cara al ejército de Hidalgo.

Esta notable circunstancia y el movimiento firme del ejército español, introdujo el desorden en el ejército americano, á quien la desgracia perseguía valiéndose de los mismos elementos. Su artillería llegó á mezclarse con la

de Calleja, al mismo tiempo que los dragones del brigadier Emparan cargaban por la izquierda, y así es que un momento el campo quedó por el ejército real sin tirarse un tiro. Sorprendiéronse los españoles al verse dueños de noventa y dos piezas de todos calibres, tantos componían la batería tomada en la que se hallaron muchos cadáveres, ya por el fuego de los ataques que recibían del conde de la Cadena, como por el de la explosión del carro y cajones del parque que había dispersos en varios puntos de la batería con muy poca ó ninguna precaución.

En este estado, sólo restaba tomar una batería de seis piezas que se hallaba en la cima de una loma y era el punto fortificado en la izquierda de los americanos. Destinóse para esta operación una división competente, quedando el resto del ejército sobre Calderón á la expectativa, no dudándose del buen éxito á vista de las operaciones anteriores, como se verificó. A las cuatro de la tarde salieron varios cuerpos de caballería en persecución y alcance de los americanos dispersos, y nada particular hicieron, regresando á su campo después de muy entrada la noche. Destinóse otra partida en demanda del conde de la Cadena, de cuya impetuosidad siempre se prometió el ejército un fin desastroso. Al día siguiente regresó la partida trayendo su cadáver lleno de heridas. Créyóse que por ganar la gloria disputándosele á Calleja, había precipitádose. Pero es más probable que despechado al ver



Parroquia y Jardín de San Miguel Allende actualmente.

que encontraba la resistencia que no esperaba y que se resistían á entrar los cuerpos que mandaba, para alentarlos con su ejemplo, se precipitó llevando la delantera con unos cuantos de los suyos, en cuya sazón lo cortaron los americanos emboscados, le echaron lazo, lo arrebataron y se cebaron en él, dándole muchas heridas y contusiones de modo que en su cuerpo se notaron no pocas hechas con varios instrumentos. Se ha averiguado que un mulato llamado Lino, fué el que le dió muerte. Parece que no desagradó á Calleja la pérdida de este general, porque su carácter duro é inexorable no podía acomodarse con el suyo, que casi era de igual temple. Los generales americanos hicieron cuanto estaba de su parte: Allende mostró brío, pero sus disposiciones fueron tomadas con precipitación, pues aunque ellos escogieron aquel local, lo ocuparon con premura, y así es que no pudieron entrar en aquellos ápices y pormenores que demandaba el sostenimiento de una lid que debía sustentarse con un ejército que aunque no pasaba de siete mil hombres, venía orgulloso con sus triunfos anteriores y estaba bien ejercitado y armado; de consiguiente, su fuerza era doble.

Durante la acción, el fuego fué vivísimo, pudiendo decirse que en toda su duración no faltó una bala en el aire. Los venados, lobos y coyotes tropezaban despavoridos con la gente al horrisono estruendo de tanta artillería, no de otro modo que después en el año de 1813 salieron de sus madri-

gueras los tigres de las inmediaciones de Acapulco, cuando el general Morelos atacó aquella plaza, y después á la fortaleza de San Diego. La tierra se estremecía con las grandes masas de caballería que corrían por diferentes direcciones. La historia nos había enseñado que las operaciones de la guerra son semejantes á las jugadas del ajedrez ó las damas, y que una buena ó mala evolución decide la suerte del fuego. "El viento, el sol y el polvo" dan ó quitan las victorias: quitónos ésta el viento recibido de cara que, además de arrojarnos el humo á los ojos, no permitía á las flechas que recibiesen la dirección que le daban los que las lanzaban á los españoles; tal vez se tornarían contra los que las despedían. "De este modo se dió y perdió la memorable batalla del puente de Calderón, en la que, como dice Don Lucas Alamán, debía decidirse de la suerte de la Nueva España."

En efecto, deshecho en absoluta dispersión aquel grande ejército de la independencia, que seguramente alcanzaba á cien mil hombres: ocupadas las ciudades principales y demás recursos por las tropas realistas; ensoberbecidas éstas y sus jefes con sus repetidas victorias; cada día más pujante el gobierno virreynal con estos antecedentes y el poderoso apoyo que le prestaban el clero alto que sojuzgaba las conciencias en contra de la insurrección y su crecido número de acaudalados, que en propio sentido prodigan su dinero; el desaliento que habían causado las horribles matanzas que habían

tenido lugar en tan poco tiempo, pues en menos de tres meses habían muerto por la libertad cerca de treinta mil mexicanos, la pésima conducta que observaban varios guerrilleros insurgentes, como Villagrán en la sierra de Cuapulám, Herrera en la provincia de Potosí, y otros, desacreditando los principios que proclamaban: las continuas prisiones, los repetidos fusilamientos y el choque abierto y casi irreconciliable en que estaban los primeros caudillos de la insurrección, todo presagiaba que si no era un imposible hacer la independencia, era preciso, sí, emplazarla para otra época, y persuadía la necesidad de adoptar otra táctica y otros medios para proseguir en la demanda. En estos términos lo comprendió Allende y por lo tanto juzgó que era llegado el caso de poner en ejecución el plan que desde un principio se había propuesto, esto es, de retirarse á los Estados Unidos, para recabar de aquella nación, si fuere dable, los recursos que necesitaba para el logro de sus fines, ya que en la suya la torpeza de unos, la traición de otros y la ingratitude de muchos se lo agotaban. En consecuencia de esta resolución y de acuerdo siempre con sus inseparables amigos y paisanos D. Juan Aldamá, D. Luis Malo y en unión de otros jefes se dirigió á la ciudad de Zacatecas, teniendo presente que este punto, á la vez que se hallaba en el propio camino que intentaba seguir, podía proporcionarle el dinero y tropas que necesitaba para su expedición, y además, la cir-

circunstancia de reunirse con D. Mariano Jimenez, quien, como hemos visto, habia sido comisionado en Guadalajara para que fuese á proteger los movimientos que por aquellos rumbos habia en favor de la independencia, lo cual desempeñó perfectamente, debido á su actividad, á sus conocimientos militares y á la libertad de que disfrutaba en sus operaciones, pues en muy poco tiempo batió y venció á D. Ambrosio Cordero, en el paraje nombrado Agua-nueva, cerca de Saltillo, y á Don Manuel Ochoa, en el puerto del Carnero; pero Hidalgo, con una multitud de oficiales de alta graduación y alguna tropa, habia tomado la misma dirección, reuniéndose poco después en la ciudad de Aguas-Muertas con Iriarte, que podía disponer aún de mil y quinientos hombres, con los que ambos marcharon también para Zacatecas, y por esta causa pudo alcanzarlos antes Allende en la hacienda del Pabellón.

Tal vez sin este incidente, Hidalgo y Allende no hubieran vuelto á verse jamás, y al cabo de algún tiempo habría sido en situación muy diferente, porque por fin Allende habia tomado su partido sin contar con Hidalgo; pero éste, según lo oímos decir á algunas personas de esta ciudad, que pudieron tener noticia de semejantes sucesos, cuales fueron D. José María Núñez de la Torre, D. Hermenegildo Franco y otros que por desgracia han muerto ya; propuso en una junta de generales que se hizo en dicha hacienda, promovida por el propio Hidalgo, reunir de nuevo el ejército y ocupar á Queréta-

ro, donde, en su concepto, se le podría resistir á Calleja ó á cualquiera otro jefe realista, en tanto que se generalizaba la insurrección y de este modo se facilitase su triunfo sin perjuicio de mandar nueva comisión, por haber sido hecho prisionero Letona y dádose la muerte asimismo en el pueblo de Molango en la Huasteca; y esto no sólo no fuera conforme con las ideas de Allende, sino que antes bien lo indignara hasta el extremo, recordando que las batallas de Aculco, de Guanajuato y de Calderón, la más importante de todas, por sus resultados, se habian perdido por el capricho, por la omisión y por la vanidad de Hidalgo; se originó entre ambos una disputa tal, que dió por resultado su rompimiento absoluto y la notificación formal que le hizo Allende á Hidalgo, que desde aquel propio instante quedaba depuesto del mando supremo que habia ejercido así en lo militar como en lo político, por sólo un acto de deferencia suya y falsamente entendido, de que por su talento, por sus luces y por su experiencia habia de haber sabido dirigir mejor que él aquel vasto y complicado plan de insurrección que se le confiara, y por último, que volviendo á ocupar su antigua posición de primer caudillo de la independencia, no deberían ser ya obedecidas otras órdenes que las suyas. Los que estaban presentes, reconociendo la justicia y necesidad de aquel procedimiento, protestaron á Allende su entera subordinación, y en consecuencia se le reconoció igualmente por generalísimo de las

tropas independientes, con cuyo carácter invitó aún á Hidalgo para que siguiera acompañándolo, no sólo porque separado quedaba en inminente peligro de caer en manos de los enemigos, sino porque á la naturaleza de la empresa convenía la presencia de su persona en el ejército; en lo que convino Hidalgo, sin haber hecho observaciones de ninguna clase. De este modo terminó el choque de los primeros héroes de la patria, necesario á lo que parece en aquellas aciagas circunstancias (y cuyo peso no se conoce hoy suficientemente porque ya pasaron); pero por desgracia crió, digámoslo así, entre los espíritus de partido de los gobernantes que les sucedieron, ese germen de división, que aun lograda la independencia, ha mantenido á la nación en perpetuas convulsiones. ¡Quiera el cielo, puesto que todavía es tiempo, que los mexicanos aleccionados por una larga y dolorosa experiencia, hagan olvidar con su conducta los desaciertos de sus caudillos, y sólo aspiren á disfrutar de la libertad y de la paz que conquistaron ellos con las armas y con su sangre sellaron!.....

Colocado Allende al frente de aquellos restos del ejército nacional, y conforme con su propósito marchó hacia el norte (1), atendiendo á la seguridad

(1) Esta marcha, dice D. Lucas Alamán; fue sangrienta. Aunque á Hidalgo no quedase más que la apariencia del poder hacia uso de ella para la destrucción de los desgraciados Gachupines que habían quedado en los pueblos de su tránsito. Multiplicaba sus ordenes para que se recogiesen

de aquellos rumbos por las dos victorias de Jiménez, con quien se reunió, se detuvo algún tiempo en el Saltillo. Allí dispuso que el Lic. Aldama, con la investidura de Embajador, se dirigiese á los Estados Unidos cerca de su gobierno, ora para conseguir el auxilio de armas y hombres que se necesitaba, ora para contar con una buena acogida: allí también recibieron Allende é Hidalgo la invitación que les hizo Cruz, para que aprovechándose de la amnistía general de las Cortes de España habían decretado en 15 de Octubre del próximo anterior año de 1810, "en favor de todos los países de ultramar en que se hubiesen manifestado conmociones, siempre que reco-

todos tuviesen ó nó indulto, y á su llegada eran todos degollados.... "y mas adelante añade," No pudiendo Hidalgo negar tales hechos trató de hacer recaer la odiosidad de los frios asesinatos sobre Allende, diciendo que desde que este le quitó el mando todo se hacia por sus disposiciones.... pero las declaraciones de su propio hermano y de Marroquin no dejan lugar á esta evasiva, sin que por esto pueda disculparse á Allende no obstante que este pretendió hacer cargar la infamia de estos hechos sobre Hidalgo pues además de que en su mano estaba el impedirlos teniendo entonces todo el poder de que antes debía carecer, hemos visto que en Irapuato, en donde no estaba Hidalgo sino el mismo Allende se cometieron estos crímenes sobre personas que como los vecinos de San Miguel el Grande se habían entregado bajo el seguro de la palabra de honor que les dió, de que sus vidas serian respetadas, sin que hubiera tomado ninguna medida para evitarlo, y ántes bien mandándolos cometer *él mi mo* ó alguno de su comitiva. "Estos acertos están tomados de las causas de Hidalgo y Allende, de Marroquin y de D. Mariano Hidalgo, así como de la relacion del español Villarguide y del proceso formado al capitán D. Mariano Cobarrubias: es decir de personas que en

BIBLIOTECA DE LA
 UNIVERSIDAD NACIONAL AUTÓNOMA DE MEXICO
 U. N. A. M.

nociesen á la legítima autoridad soberana establecida en la autoridad necesaria de la madre patria," depusiesen las armas atendiendo á los grandes males que la insurrección había originado, á la ninguna esperanza de lograr un buen éxito como podían inferirlo, de las diversas derrotas que habían sufrido los insurgentes, y salvando de esta manera su existencia personal, entendidos que sólo les concedía el término de veinticuatro horas para su resolución; pero ellos, con la dignidad que correspondía á su alta importante misión y con la conciencia de la rectitud de sus fines fuera cual fuese su situación y deseos, además de manifestar de una manera solemne el verdadero plan de la insurrección, hasta en

calidad de prisioneros y no en manos de jueces imparciales sino de sus mayores enemigos, no podían hacer uso de su derecho pa. revisar sus declaraciones y rectificarlas en el caso que estas fuesen tergiversadas pr. aquellos, de un hombre agraviado pr. los insurgentes y deseoso de provocar las venganzas del gobierno español y de otra interesada por este. A los ojos de una buena crítica, preguntamos ¿merecen crédito alguno semejantes acertos? sin la seguridad necesaria ¿era justo arrojar sobre la frente de los primeros caudillos de la independencia la nota infamante de asesinos? Creemos que nó. Pero ya lo hemos dicho: D. Lucas Alamán profesaba un odio irreconciliable á Allende y á Hidalgo; su objeto en consecuencia nó podia ser otro que el de presentarlos á la nación con los colores mas detestables y de aquí resultaba su asombrosa facilidad para asentar como verdades indisputables lo que no era mas de una calumnia, ó la exageración del hecho que la motivaba. La historia del Sr. Alaman por tan graves defectos, es considerada ya como sospechosa: mas la posteridad á su tiempo la juzgará don la serenidad que racionalmente merece.

tonces equívoco ó mal interpretado por lo menos, contestaron en los términos que sigue: "Don Miguel Hidalgo y Don Ignacio Allende, jefes nombrados por la nación mexicana para defender sus derechos, al indulto mandado extender por el señor Don Francisco Javier Venegas, y del que se pide contestación, dicen: que en desempeño de su nombramiento y de la obligación que como á patriotas mexicanos les estrecha, no dejarán las armas de la mano hasta no haber arrancado de las de los opresores la inestimable alhaja de su libertad. Están resueltos á no entrar en composición alguna, si no es que se ponga por base la libertad de la nación y el goce de aquellos derechos que el Dios de la naturaleza concedió á todos los hombres: derechos verdaderamente inalienables y que deben sostener con ríos de sangre si fuere preciso. Han perecido muchos europeos, y seguiremos hasta el exterminio del último si no se trata con seriedad de una racional composición.

El indulto señor Excmo., es para los criminales no para los defensores de la patria y menos para los que son superiores en fuerza. No se deje V. E. alucinar de las efímeras glorias de Calleja; estos son unos relámpagos que más ciegan que alucinan: hablamos con quien lo conoce mejor que nosotros. Nuestras fuerzas en el día son verdaderamente tales, y no caeremos en los errores de las campañas anteriores: crea V. E. firmemente que en el primer encuentro con Calleja, quedará derrotado para siempre. Toda la

nación está en fermento: estos movimientos han despertado á los que yacían en letargo. Los cortesanos que aseguran á V. E. que sólo uno ú otro piensan en la libertad, le engañan. La conmoción es general y no tardará México en desengañarse si con oportunidad no se previenen los males. Por nuestra parte suspenderemos las hostilidades y no se le quitará la vida á ninguno de los muchos europeos que están á nuestra disposición, hasta tanto que V. E. se sirva comunicarnos su última resolución. Cuartel general del Saltillo, etc."

Después de esto y de haberse nombrado en junta de generales jefe de las fuerzas insurreccionadas al Lic. D. Ignacio Rayón, y al mismo tiempo prevenídole Allende, que si se le presentaba Iriarte fuese juzgado militarmente por sus defecciones, lo cual se cumplió (pues en efecto, fué fusilado), salió con dirección al Norte el propio Allende, Hidalgo, Aldama, Malo, Jiménez, Lanzagorta, Abasolo, Mereles y otros. Sus recursos pecuniarios alcanzarían á medio millón de pesos, incluyendo el valor de una porción de barras de plata, y su fuerza armada de mil y quinientos hombres poco más ó menos.

Tal vez á pesar del sinnúmero de dificultades que tenía que vencer Allende por su expedición, por ser largo y desierto el camino, habría logrado su objeto, pues en su insistencia natural, en la tenacidad de su carácter y en la fuerza de su genio estaba el secreto de sus triunfos; pero uno de esos

monstruos, que como decía un pariente y amigo nuestro, "nacen para ser temidos, viven para ser perseguidos y mueren para descanso del género humano:" uno de esos hombres de alma mezquina y adulatora, de corazón rencoroso y vengativo y por consecuencia de todo esto detestables en todos tiempos y en todas partes, usando de la más negra traición, lo hizo prisionero, lo mismo que á sus demás compañeros, para ponerlo á disposición del gobierno español y frustró con esto para siempre sus proyectos. Ya se entiende que hablamos del coronel Don Ignacio Elizondo.

Según se asegura, este malvado había tomado parte en la insurrección y como hubiese prestado en ella algunos servicios, se presentó á Allende solicitando el grado de teniente general, lo cual no le concedió, ya fuese porque no consideraba bastantes los méritos alegados para dispensar una graduación tan honorífica, ya porque la consideración de la facilidad para dispensar altos empleos, en el ejército, después de haberse prodigado sin tasa y sin la debida justificación, acabaría de despertar el aspirantismo tan fatal, entonces en la causa pública como lo es en la actualidad, y ya por último, porque desconfiaba de un hombre tan desconocido para él, como tan descarado en sus pretensiones: mas esta repulsa lo ofendió hasta el término de cometer la traición que queda indicada, cosa que no le fué difícil por los medios de que se valió y porque estaba seguro que antes que él, ó al mismo

tiempo que él otros traidores la intentaban, como lo prueba la prisión del Lic. Aldama en Bejar, por el sub-diácono D. Manuel Zambrano, con el pretexto que no eran suficientes los poderes que traía para pasar á los Estados Unidos, concluyendo por prestar juramento en el seno de una junta que tuvieron él y todos sus cómplices, de defender los derechos de Fernando séptimo y de la dinastía de Borbón. ¡Tan miserables así eran y tan indignos de la libertad!

Respecto del modo con que se verificó la prisión de los generales, nosotros no tenemos más que insignificantes noticias y creemos que por escrito no habrá más que lo que aparece en el periódico titulado "Fanal," de Chihuahua, número 51, Tom. 1º. de 22 de Diciembre de 1835, que copia Don Carlos Bustamante, y el parte oficial de Herrera, inserto en la Gaceta extraordinaria de 25 de Abril, número 49, de la que tomó sus apuntes Don Lucas Alamán; ambos documentos en el fondo, y por lo tanto y en obsequio de la verdad, extractaremos del expresado Alamán lo que creamos más conducente á aquel efecto. "Tratóse inmediatamente, dice, de tomar las medidas oportunas para prender á Allende y su comitiva, y sabiendo que éste había de llegar, según el itinerario que traía el día 21 (de Marzo), á las norias de Baján ó á Acatica de Baján, por ser el único aguaje que en toda aquella comarca había, se dispuso que Elizondo le fuese al encuentro, "con todas las apariencias de un recibimiento obsequio-

so" de que se dió aviso anticipado á Jiménez, tomando al mismo tiempo todas las precauciones convenientes para que no tuviese noticia de lo acaecido en Monclova. En ejecución de este plan, salió Elizondo de la Villa el 19 por la tarde, al frente de trescientos cuarenta y dos hombres veteranos milicianos y vecinos, capitaneados por el administrador de rentas D. Tomás Flores y por el alcalde y justicia de S. Buenaventura, D. Antonio Rivas. En el lugar designado formó en batalla la mayor parte de sus tropas como para hacer los honores militares al paso de Allende y los demás jefes, dejando en su retaguardia, en un recodo que hace allí el camino un destacamento de cincuenta hombres, y adelantó otro á la vanguardia compuesto de indios y comanches; mezcaleros de la misión de Pellotes, bien instruídos en lo que debían de ejecutar. En tal disposición esperó Elizondo la llegada de los jefes de los insurgentes, que se verificó á las nueve de la mañana del 21. Presentóse desde luego el P. F. Pedro Bustamante mercedarios con cuatro soldados y un teniente de los de aquella provincia que se pasaron á Jiménez en Agua-Nueva. Saludáronse mutuamente sin recelar cosa alguna y siguieron hasta el cuerpo que quedó á la retaguardia, donde se les intimó se rindiesen, lo que hicieron sin resistencia. Seguía á éstos un piquete de cosa de sesenta hombres, con quienes se practicó lo mismo, desarmádoles y atádoles sin demora. Venía en pos de ellos un coche con mujeres, escolta-